



CRISTINA RIVERA GARZA



**El invencible verano de Liliana
(fragmentos)**





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán Álvarez

Coordinadora de Difusión Cultural

Myrna Ortega Morales

Secretaria de Extensión y Proyectos Digitales

Sonia Ramírez Saldívar

Voz Viva



Ilustración de portada: Gisela Jazmín Hernández Cerda
VV - 149

Primera edición: 20 de junio de 2023

DR © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México,

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, C.P. 04510,

Ciudad de México.

ISBN 978-607-30-7783-5

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México.

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Rivera Garza, Cristina, 1964- , autor. | Jauregui, Gabriela, 1979- .

Título: El invencible verano de Liliana : (fragmentos) / Cristina Rivera Garza ; presentación Gabriela Jauregui.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2023. | Serie: Voz Viva de México ; VV-149.

Identificadores: MULTIMEDIA 21162 | ISBN 978-607-30-7783-5.

Temas: Rivera Garza, Liliana, 1969-1990. | Mujeres — Crímenes contra — México. | Violencia de pareja — México. Clasificación: LCC HV6250.4.W65.R584 2023 | DDC 362.88082—dc23



CRISTINA RIVERA GARZA



**El invencible verano de Liliana
(fragmentos)**

Presentación
Gabriela Jauregui



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 2023



Fotografía de Barry Domínguez, Cultura UNAM.



Cristina Rivera Garza

Narradora y poeta. Nació en Tamaulipas en 1964. Licenciada en sociología por la UNAM, maestra y doctora en historia latinoamericana por la Universidad de Houston. Como profesora distinguida de Estudios Hispánicos y Escritura Creativa en la Universidad de Houston, creó el doctorado en Escritura Creativa en español.

Forma parte del Sistema Nacional de Creadores Artísticos y ha sido merecedora de diversos reconocimientos internacionales, entre los cuales destacan el Premio Anna Seghers para literatura latinoamericana (2005), el Premio Roger Caillois para literatura latinoamericana (2013), en dos ocasiones el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, por sus libros *Nadie me verá llorar* (2001) y *La muerte me da* (2009), y el Premio Xavier Villaurrutia por *El invencible verano de Liliana* (2022).

En 2023 fue seleccionada como integrante de El Colegio Nacional.

Algunos de sus libros han sido traducidos al inglés, italiano, portugués, alemán, coreano, francés y esloveno.





CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Gabriela Jauregui

1. *El invencible verano de Liliana* y de todas nosotras (11:46 min.) 9

El invencible verano de Liliana (fragmentos)

2. 4 de octubre (09:55 min.) 19

3. ¿y si supiera qué va a ser de mí? (04:42 min.) 25

4. allá va una mujer libre (11:29 min.) 28

5. ¿qué haces si un oso te ataca? (05:25 min.) 38

6. si te vas a quebrar, quiébrate tratando de salir
y no de entrar (13:34 min.) 42





PRESENTACIÓN

Gabriela Jauregui*

El invencible verano de Liliana y de todas nosotras**

Te mataría el amor de un
hombre. ¡No te reúnas con los hombres!
Permanece en el bosque.
Vete con las bestias, antes que
con ellos. ¿Por qué, como yo,
no quieres ser oso entre los
osos, pájaro entre los pájaros?

El invencible verano de Liliana

*Gabriela Jauregui (CDMX, 1979) es maestra y doctora en literatura comparada y maestra en escritura creativa por la Universidad del sur de California y por la Universidad de California (Riverside e Irvine). Es escritora, editora y traductora. Ha publicado, entre otros libros, la novela *Feral* (Sexto Piso, 2022), los cuentos *La memoria de las cosas* (Sexto Piso, 2015), y los poemarios *Leash Seeks Lost Bitch* (Song Cave, 2016) y *Controlled Decay* (Akashic Books, Nueva York, 2008). Ha sido seleccionada en la lista Bogotá39.

**Las referencias entre paréntesis en las citas corresponden a la edición ebook de Random House de *El invencible verano de Liliana*.



Mientras escribo este texto, mientras leo las palabras de Cristina y de Liliana, los testimonios entrettejidos de sus amigas y amigos, compañeros de la carrera, parientes; mientras abro ese archivo de cuidados y amor, ese libro-manifiesto que es *El invencible verano de Liliana* de Cristina Rivera Garza, a mi teléfono llega una y otra alerta de desaparición: una amiga cercana de amigas, otra niña de 17, una más de 14. Voy camino a presentar mi novela a una feria y al final en vez de hacer preguntas, una y luego otra y otra y otra mujer del público toma el micrófono para compartir su testimonio, su experiencia, su historia de violencia de género. La ficción se vuelve un punto de encuentro, un espacio de resonancia. Acaba de ser el 8M y las jacarandas todavía están en flor. También se atraviesa una marcha a favor de los militares y se atraviesa un incendio forestal cerca de mi casa, todo arde. El corazón también arde, de rabia, de dolor. Todos estos dolores me atraviesan el cuerpo, el mío y también el cuerpo político, atravesado, el tejido social desgarrado por todo esto que pasa y sigue pasando en nuestro país. Por lo que le pasó a Liliana. “La muerte pasa, la muerte nunca deja de pasar” (28) escribe Cristina. Y sí, esta aseveración tiene la polisemia



de un verso o de una declaración fenomenológica: [porque/por qué] la muerte de alguien querido no deja realmente de pasar nunca en nuestras vidas, y también porque la muerte parece que no deja de pasar por tantas de nuestras amigas, hermanas, madres, novias, hijas, vecinas en estos días. Este es, como diría Derrida en *Demeure: Ficción y Testimonio*, “el contexto de las relaciones entre la ficción y la verdad autobiográfica, es decir también entre la literatura y la muerte.” Es decir el contexto de este libro. ¿Novela? ¿Testimonio? Documento de las relaciones entre la literatura y la muerte. Su punto de encuentro, de resonancia.

Me siento a escribir sobre el libro de Cristina y Liliana, pero cómo me siento al escribir: tengo dolor de estómago, tengo taquicardia, tengo una sensación de pesadumbre existencial, en pocas palabras mi cuerpo es atravesado por un ataque de pánico. Una reacción quizás demasiado natural ante la vida actual en este contexto de muerte. “Todo en este día parece ser un mensaje cifrado: una pequeña caja de Pandora de la que surgen fantasmas, citas, alucinaciones. Dagas” (22-23). Así describe Cristina el momento en el que comienza a revisar ese archivo de su hermana, víctima



de feminicidio antes de que existiera siquiera esa tipificación, esa palabra. Y sí, vivir, escribir o hablar de feminicidio en un país feminicida es abrir esa caja de Pandora 10 veces al día.

Y un paliativo posible para esto es no sólo abrir esa caja de Pandora de la memoria, sino además sacar lo que hay dentro: dagas, citas, todo y mirarlo de frente. Esto es lo que valientemente hace Cristina Rivera Garza con este libro: abrir esa caja literal y metafórica que había quedado resguardada casi 30 años con las cartas de su hermana menor Liliana, con sus cuadernos y notas, y su indocilidad, su desobediencia que en realidad son las formas de resistencia de una mujer muy muy joven, recién salida de la prepa y comenzando en la universidad su vida de adulta.

En esta caja de Pandora que abre Cristina y que nos comparte 30 años después del feminicidio de Liliana, las dos hermanas nos revelan juntas “la capacidad del lenguaje para descubrir y encubrir al mismo tiempo” (74) es decir también, el problema del archivo, o también de tener fiebre de archivo y dar testimonio. Se habla de Liliana como alguien con pasado (51) pero a quien le arrebataron el futuro y así Cristina escribe de y con



su hermana muerta para celebrar su vida y buscar, descubrir lo que podría estar allí encubierto: las claves de su feminicidio, de la muerte que sigue pasándole a tantas como a Liliana.

Este libro parte entonces de esas cajas que estuvieron “a la vista pero no al alcance” como dice la misma Cristina y estas palabras que escuchamos y leemos tardaron treinta años en llegar a nosotros. A la vez, al leerlas y escucharlas, no podemos evitar pensar, sentir, desear que la justicia ya no tarde mucho más, que venga pronto, que abrir esa caja de Pandora sea un conjuro para Liliana y para todas las miles y miles de mujeres que le han seguido en estos treinta años.

A la vez también este es un libro sobre la vida, sobre la vida cuando la muerte pasa y sigue pasando. “Vivir en duelo es esto: nunca estar sola” sentencia la autora. Es vivir en compañía de la muerte, a veces también de la culpa y la vergüenza: “¿Se puede ser feliz mientras se vive en duelo? La pregunta, que no es nueva, surge una y otra vez durante esa eternidad que es el quebranto. Se habla mucho de la culpa, pero no lo suficiente de la vergüenza. La culpa del sobreviviente puede atraer una sospecha acaso



saludable, un titubeo incluso razonable, acerca del placer, del gusto, de la compañía. La vergüenza es una puerta cerrada a piedra y lodo. Pocas actividades requieren más energía, tanta atención al más mínimo detalle, como odiarse a sí mismo” escribe Cristina (24-25). Y quizás la única transformación posible de este estado a otro, a través de la escritura, de la compañía y de la memoria y hacia el perdón posible de sí misma, transita por encontrarse con otros que han andado también por ese camino, por documentar y escucharlos, por transcribir como un acto de cuidado y amor. Por hacer archivo. Por dar fe. Y así, al abrir la caja de Pandora, acto máximo del amor de una hermana, este libro se va convirtiendo también en una de muchas voces, de muchas texturas, de mucha compañía más allá de la de la muerte: no sólo el tramado del dolor y la rabia y la vergüenza de una familia sino también de la vida, los cuidados y las resistencias de Liliana y de sus amistades (y de la propia autora).

Muchas voces hacen de este un “texto que pasa por nosotros” como diría la poeta Diana Del Ángel. Es parte de las escrituras de la escucha como las hemos llamado en conversación, y que la academia llama escrituras



postautónomas ya que, como explica Josefina Ludmer en *Lo que vendrá*, “En estas escrituras la literatura pondría en escena otros modos de leer, de pensar, de imaginar y otras políticas: en realidadficción, adentroafuera, en transparencia y en ambivalencia. Y esos modos son necesarios para poder hacer activismo cultural”. También, podemos pensar este libro como lo que la misma Rivera Garza ha llamado “paraescrituras”. Pero sobre todo o además es un manifiesto a la alegría y la comunidad y toda su potencia subversiva en el contexto del necrocapitalismo.

“¿Qué tipo de retos enfrenta el ejercicio de la escritura en un medio donde la precariedad del trabajo y la muerte horrisona constituyen la materia de todos los días? ¿Cuáles son los diálogos estéticos y éticos a los que nos avienta el hecho de escribir, literalmente, rodeados de muertos?”, se preguntó hace años ya la autora en *Los muertos indóciles* (19). Y años después escribe, no sólo rodeada de muertos, sino con sus muertos de tal forma que *El invencible verano de Liliana* es una posible respuesta a estas preguntas que lleva haciéndose Cristina junto con muchos de nosotros que escribimos desde esa trinchera.



Estas respuestas, además, se articulan desde lo situado, desde una atención máxima al cuerpo y su descripción precisa: la boca, la garganta, mear, fumar, el hormigueo de las extremidades, las articulaciones entumecidas, suspirar, sudar, comer, eructar, es decir: la atención a lo que significa estar viva, o sea sinónimo de seguir buscando justicia. Cristina se convierte en una de estas hormigas mitológicas que traen los huesos de los muertos de regreso del Mictlan y que en ese trajín, esa labor regeneradora, busca un lenguaje nuevo. “Uno nunca está más inerte que cuando no tiene lenguaje”, escribe (42) y así se da a la tarea de articular un lenguaje preciso, vital, de muchas narrativas o contranarrativas a la hegemónica y dominante es decir la patriarcal y de muerte, la de culpar a las víctimas. Al leer *El invencible verano de Liliana* queda claro que nombrar estas historias y nombrarlas a ellas una y otra y otra y otra vez es dignificar su memoria, sus vidas, sus cuerpos hasta que cambiemos, tumbemos, quememos este presente de muerte.

“Seguir escribiendo porque no hay de otra” apunta Liliana hace 30 años en su cuaderno. Y casi como encomienda, así lo hace Cristina. Y lo



haremos muchas, hasta que un día al fin sí haya de otra. Otra forma de vivir y no de sobrevivir. Porque, le dice Cristina a Liliana en una carta, “tenemos muchas cosas por decir, hacer, pensar, repensar, recrear; porque nuestro punto de vista es nuevo para una historia que lo ha negado” (280)... Y mientras, que encontremos todas un invencible verano.

Del libro
EL INVENCIBLE VERANO DE LILIANA
2022



El invencible verano de Liliana (fragmentos)

[4 de octubre]

Estamos en el después, que es largo. Un día después de haber visitado la Procuraduría de Justicia de la Ciudad de México para tratar de obtener copias de la averiguación previa 40/913/990-7, voy al cementerio en compañía de mis padres. Es 4 de octubre. Liliana tiene, ahora, muchos más años bajo tierra de los que vivió sobre la tierra. Habría sido su cumpleaños número 51. Es su cumpleaños 51. Libra con ascendente en capricornio. Un gallo, en el zodiaco chino. Aquí estamos los tres, todavía invitados al convite de su vida y de su memoria. Traemos con nosotros el azadón para deshierbar la tumba sobre la que hace ya tantos años elegimos colocar sólo una pequeña loza de cantera, su nombre y las fechas de su nacimiento y muerte talladas en la parte superior del rectángulo oscuro. Y traemos, también, las cubetas de plástico para acarrear agua y regar las flores que

• 19 •



compramos, como lo hacemos desde hace treinta años, en el mismo puesto a un lado de la carretera. Fuera del cementerio hasta parecemos personas normales. Allá, del otro lado de la puerta de hierro cada vez más oxidada, caminamos y comemos, saludamos a personas, celebramos triunfos, ofrecemos condolencias, acudimos a clase o a fiestas. Allá afuera se pasean las vidas que continuaron: las carreras, los libros, los viajes, los cumpleaños, los hijos. Pero aquí adentro, bajo el influjo del aire que rasga los picos del volcán, para tocar después, meditabundo, el interior de nuestros pulmones con sus alas frías, aquí adentro somos pura pesadumbre. Es mentira que el tiempo pasa. El tiempo se atora. Hay un cuerpo inerte aquí, atrancado entre los goznes y pernos del tiempo, que suspende el ritmo y la secuencia. No hemos crecido. Nunca creceremos. Nuestras arrugas son artificiales, indicios apenas de las vidas que pudimos haber vivido pero que se fueron a otro lugar. Las canas, las caries, los huesos frágiles, las articulaciones entumidas: meras poses que ocultan la repetición, la redundancia, el estribillo. Estamos encerrados en una burbuja de culpa y vergüenza preguntándonos una y otra vez: ¿qué fue lo que no vimos? Éste es el eco.



La luz del sol es espectacular siempre en el otoño. ¿Por qué no pudimos protegerla? El susurro de los oyameles. La claridad de los pinos.

Mi padre se adueña del azadón y, a sus 84 años, se dedica a quitar toda la maleza concienzudamente, inclinándose para arrancar la hierba más testaruda o para deshacer los terrones con las manos cuando nada más parece funcionar. Resopla. Hace pausas. Suda copiosamente. Y, mientras se agacha sobre la tierra y llora con discreción, siempre en silencio, me pregunto cuántas veces al día se acuerda de Liliana, de la cantidad de dinero que le exigieron en la Procuraduría hace ya casi tres décadas para continuar con la investigación del feminicidio de Liliana. La mordida de rigor. Cuántas veces al día o al año se reprocha el no haber tenido los fondos suficientes. Cuántas veces retumban en sus orejas las palabras soeces, las palabras crudas, las palabras bestias de fauces abiertas con que los comandantes y agentes se refirieron al cuerpo de Liliana. A la vida de Liliana. A la muerte de Liliana. ¿Cuántas veces al día murmura la palabra justicia? Uno nunca está más inerte que cuando no tiene lenguaje. ¿Quién, en ese verano de 1990, iba a poder decir, con la frente en alto, con



la fuerza que da la convicción de lo correcto y de lo cierto, y *la culpa no era de ella, ni dónde estaba ni cómo vestía?* ¿Quién en un mundo donde no existía la palabra feminicidio, las palabras terrorismo de pareja, podía decir lo que ahora digo sin la menor duda: la única diferencia entre mi hermana y yo es que nunca me topé con un asesino?

La única diferencia entre ella y tú.

En un mundo así, guardar silencio fue una forma de arroparte, Liliana. Una forma torpe y atroz de protegerte. Bajamos la voz y nos reclinamos dentro de nosotros mismos, contigo adentro, para no exponerte a la acusación fácil, al morbo tullido, a las miradas de conmiseración. Bajamos la voz y caminamos con pasos de niebla, achicando nuestra presencia por donde pasábamos, tratando de ser de una vez los fantasmas en los que nos convertimos con el tiempo, con tal de evitar los ataques de los mordaces, de los predispuestos a la inculpación, incluso de los bien intencionados, contra nosotros y contra ti, que ibas a nuestro lado, colgada del brazo, tomándonos de la mano. Porque estábamos muy solos, Liliana. Porque nunca estuvimos tan huérfanos, tan desasidos, tan lejos de la humanidad.



Más solos que nunca en una ciudad feroz que se nos vino encima con las mandíbulas poderosas del machismo: si no la hubieran dejado ir a la Ciudad de México, si se hubiera quedado en casa, si no le hubieran dado tanta libertad, si la hubieran enseñado a distinguir entre un buen hombre y otro peor. No supimos qué hacer. Ante lo inimaginable, no supimos qué hacer. Ante lo inconcebible, no supimos qué hacer. Y callamos. Y te arropamos en nuestro silencio, resignados ante la impunidad, ante la corrupción, ante la falta de justicia. Solos y derrotados. Solos y desechos. Triturados. Tan muertos como tú. Tan sin aire como tú. Y, mientras eso pasaba, mientras nos arrastrábamos por debajo de las sombras de los días, se multiplicaron las muertas, se cernió sobre todo México la sangre de tantas, los sueños y las células de tantas, sus risas, sus dientes, y los asesinos continuaron huyendo, prófugos de leyes que no existían y de cárceles que eran para todos excepto para ellos, que contaron desde siempre con el beneplácito de la duda y la disculpa anticipada, con el apoyo de los que culpan sin empacho a la víctima e incluso ahora, después de tantos años, todavía cuestionan la decisión de la chica, la falta de juicio de la chica, la



tremenda equivocación de la chica. Hasta que llegó el día en que, con otras, gracias a la fuerza de otras, pudimos pensar, imaginar siquiera, que también nos tocaba la justicia. Que la merecías tú. Que la valías tú también entre todas las muchas, entre todas las tantas. Que podíamos luchar, en voz alta y con otras, para traerte aquí, a la casa de la justicia. Al lenguaje de la justicia.

¿Quién puede decidir si treinta años son pocos años o muchos años?

Lo limpiamos hace dos semanas y, mira nada más, dice mi padre, interrumpiendo el paso súbito del cielo. Otra vez todo crecido, añade. Ya nada es como antes, pero no desiste. Se cansa, es cierto; se queda sin respiración, es cierto; pero no desiste. Mi madre, que se sienta a un lado de la tumba mientras ausculta con aparente desgano el pasto, sólo atina a suspirar de vez en cuando. Como si se tratara de pedazos de conversaciones que ocurren en otro sitio, o en otro mundo, algunas palabras logran escaparse del silencio. Mira. Agua. Cumbre. Morada. Destino. Felicidad. Nunca he sabido bien a bien lo que le decimos a Liliana en estas visitas. Pero estoy segura de que, cada uno a su manera, hablamos con ella. Estoy segura de que ella nos contesta. Y que la oímos. Por primera vez no tengo



vergüenza de estar aquí, a tu lado. Liliana. Por primera vez sé que puedo pronunciar tu nombre sin caer de rodillas. Hay otros. Hay tantos más. Ésta es la palabra justicia y acabamos, sí, de salir del Mictlán. Un eco y tantos otros. Uno más. Y, éste, el abrazo que siempre nos recibió dentro de tu pecho. El aire de tu nombre completo:

Liliana Rivera Garza.

Tú misma.

[¿y si supiera qué va a ser de mí?]

Ésta es la última hoja de mi libreta, bueno, la primera de atrás delante, tú sabes ¿no?, según se vea porque “eso es pensar joven, es pensar positivamente, cuestión de enfoques”. ¿No te gusta ese anuncio? Ah, pues a mí sí... (¿y eso qué?) (Pues nada)

Estoy toda (completamente) aflojerada, tengo sueño y cuando uno tiene esas dos cosas y “pero sin embargo” también tiene una repulsión muy grande

a dormir en el día, se origina un choque muy fuerte y, ¿sabes qué pasa? Pues que además de tener sueño y flojera da una especie de apendejamiento muy gracioso (eso me pasa ahorita) tanto que hasta dan ganas de sentarte, acostarte o hincarte en cualquier lugar. Y entonces sucede que irremediamente uno se pone a pensar, y pensar, y volteas a ver el reloj, y piensas que tu mamá ya va a llegar, y que tienes que pagar tu recibo de la escuela, y que hoy no viste a Ángel, y que no tienes ganas de entrenar. También piensas que ya no quieres ir a entrenar porque cuando no te encuentras en un ambiente tranquilo es imposible que desarrolles todo tu potencial físico y de concentración, y piensas que ya casi llegan tus exámenes, y encima de todo te preocupas, pero la preocupación no llega a ser tan grande como para levantarte, tomar tu libreta, y estudiar, ¿verdad?

Bueno, algo parecido pasa cuando estás así, porque es algo así igual, ¿eh? Porque no saber expresar bien lo que estás pensando, entonces pasa algo que se te hace muy raro, es algo así como pensar si de verdad eres tú la que está escribiendo, como si... ¡Y DE PRONTO! (como por arte de magia) se aparece en tu mente un sueño (no sé de cuándo fue) y de pronto igual se va y lo olvidas.



Y tienes más sueño aún, y más. Y, ouch, te da comezón en la espalda, te rascas con coraje porque te molesta no poder rascarte cómodamente, caray, y te preguntas ¿por qué le ponen tanto cloro a la alberca? ¡Me pone riquísima la piel! Y lo malo no es eso sino lo que provoca la piel reseca: comezón. Entonces sigues pensando en la alberca, y en el cloro, que además de la comezón deja un olor característico de la sustancia así llamada, cuyo símbolo es Cl. Y entonces te acuerdas de la clase de química y de algo más por consecuencia, y te da asco, y prefieres dejarlo por la paz. Paz. Carajo. ¿y si hubiera paz? ¿Y si no hubiera gente que se muere de hambre? ¿Y si hubiera justicia? ¿Y si las personas se apreciaran realmente por lo que son y no por lo que aparentan o por su imagen? ¿Y si me durmiera? ¿Y si supiera qué va a ser de mí? Pero tengo sueño, y estoy harta de buscar y buscar cariño, comprensión, tranquilidad, y también estoy harta de encontrar todo eso, y estoy harta de sentirme mal porque busco las cosas, las encuentro, y después no me llenan, no me satisfacen. Quizá es porque las busco demasiado burdas (o refinadas). Bueno, no sé, pero ése es el caso, y tengo sueño, y sigo con sueño, y me estoy hundiendo en mi sueño. Y ¡Oh! ¿Oh qué? Pues nada, nada pasa en este momentito, chiquito, bonito, tontito, ito.



Y luego cerraste los ojos, y te imaginaste viendo algo realmente bello, flores, muchas, muchísimas, verdes y verde-azul, y todas sobre ti, a tus pies, y en todos lados, y con ese pensamiento te quedaste dormida, y tu mamá llegó y después te despertó. Y te enojaste, y pensaste que has visto (por lo menos en los últimos cinco años) hacerse vieja a mucha gente y te dolió pensar que a ti te iban a considerar así cuando pasara determinada edad que la gente nos ha impuesto como un límite para la juventud. ¡Qué triste!

Y te duele todo el cuerpo. Y piensas que es porque al fin te pusiste a hacer algo, y ¡ya!

[laura rosales]

Cómo no voy a recordarla si fue la primera persona que me dirigió la palabra el primer día que estuve en la universidad. Ella estaba ahí cuando llegué al salón: su pelo largo y lacio, su sonrisa franca, y esos brazos y piernas tan largas. Era tan alta. Y muy femenina a pesar de que no usaba



una gota de maquillaje. Liliana era muy bonita, pero actuaba como si no lo supiera o como si, sabiéndolo, no le diera mucha importancia. Su sentido del humor era más llamativo que su belleza: se burlaba de todos y de ninguno de una forma festiva y ligera, su sarcasmo era muy fino, muy puntiagudo, y daba en el blanco. Liliana era una chica especial.

[raúl espino madrigal]

¿Tú fuiste a la secundaria 2 de Toluca?, le pregunté tímidamente la primera vez que me armé de valor para acercarme a ella. Su sonrisa enorme, luminosa, me desarmó. El sonido de su carcajada. Sí, Raúl Espino Madrigal, me contestó de inmediato, sorprendiéndome en realidad. No tenía idea de que sabía mi nombre completo, pero pronto me explicó que todavía se acordaba de Javier, mi hermano, con quien había estado en el mismo equipo de natación en Toluca. Yo la había reconocido a lo lejos desde el primer trimestre, pero no logré acercarme hasta que coincidimos



en la misma clase de Operativo, en el tercer trimestre del tronco común, ya cuando la UAM había logrado arreglar un poco los calendarios afectados por la huelga del 87. Debió haber sido como en junio de 1988. ¿Estás en diseño gráfico?, le pregunté después de una pausa larga e incómoda. Ella volvió a sonreír, dándose perfecta cuenta de que estaba muy nervioso. Cómo crees, me dijo, fingiendo que mi comentario la había ofendido. Yo estoy en una carrera de a de veras, añadió, sólo medio bromeando. Así empezó una rutina curiosa entre nosotros: Liliana criticaba a los estudiantes de diseño gráfico, una carrera nueva por entonces, y yo defendía una profesión que amo hasta el día de hoy.

[ana ocadiz]

¿Puedo probar tu natilla?, me preguntó un buen día de la nada. Estábamos en la cafetería, una frente a la otra y, aunque comíamos a la par, Lili parecía estar pensando en otra cosa. Ya nos habíamos visto y hasta platicábamos



un poco, pero no nos conocíamos tanto como para comer del plato de la otra. A mí me extrañó un poco su petición, pero también me complació. Le dije que sí. Que sí podía. Y, acto seguido, Liliana metió el dedo índice directamente en el platito y se lo chupó con gusto. Qué osadía. La escena me dejó temblando, entre divertida y horrorizada. Nadie había hecho algo así enfrente de mí, y nadie lo ha hecho otra vez desde entonces, pero la alegría que me invadió en ese momento fue verdadera y nueva. La euforia. Un relámpago. Algo completamente indescifrable. Lili me miró con cautela después de eso, como si esperara un veredicto. Yo me quedé observándola por un buen rato mientras ella guardaba silencio. Debí sonreír en algún momento porque, de repente, ella se relajó. Parecía que se había liberado de algo pesado. Fue como si hubiera descansado de algo que la inquietaba. Nos echamos a reír.

Eso hacíamos mucho juntas: reír. Nos reíamos de nosotras mismas, y nos reíamos de los demás. Nos burlábamos de maestros, de ciertas canciones, de algunos compañeros, telenovelas del canal 2. De hecho, nos poníamos a ver telenovelas sólo para tener el placer de burlarnos de



ellas. Un placer perverso, eso sí. Su ironía era infinita. Su sentido del humor. Su afición a la lectura la hacía tener una visión muy personal de las cosas. Liliana era inteligente y era más: luminosa. Hicimos click. Yo vivía entonces hasta Lago de Guadalupe que estaba lejos casi de todo, y me quedaba muy seguido a dormir en su casa. Era como una pijamada continua: chismeábamos, hacíamos la tarea, arreglábamos el mundo. Nos quejábamos de todo. Y nos reíamos por igual.

[manolo casillas espinal]

Yo no quiero tener ningún novio, declaró un buen día a todo el que la quisiera oír. Y eso, ¿por qué?, le pregunté como si no me importara. Porque luego los hombres se creen que una es su posesión, dijo. Y yo no voy a lidiar con eso. Eso no va conmigo. Yo no le había insinuado, mucho menos preguntado nada, pero ella debió haberse dado cuenta de lo que deseaba con todo mi corazón. Ella podía leer entre líneas, a mí y a todos



los demás. Tenía esa capacidad de saber con certeza lo que nosotros apenas si avizorábamos de nosotros mismos. Yo me había enamorado a primera vista de ella cuando coincidimos en el mismo salón en cuarto semestre, cuando ya empezamos a tomar las clases de arquitectura propiamente. Liliana era extrovertida, muy sociable y amigüera. Sobre todo, era muy directa. A veces hasta podía ser hiriente, pero era también encantadora, así que aprendimos a apreciar su franqueza. Su honestidad: uno de sus valores favoritos. Siempre tuvo una manera única de lidiar con el lenguaje. Nos hablaba a todos como si viniera de un sitio al que nosotros apenas nos dirigíamos. Y yo añoraba ese sitio que ella dejaba atrás para estar aquí en el mundo con nosotros.

[othón santos álvarez]

La manera en que contaba historias. Debió haber sido el segundo o tercer trimestre, en todo caso cuando ya estábamos cargados con los proyectos en



común. Estábamos atrás de la escuela, en el área de las famosas quesadillas a la hora del almuerzo. Mordisqueábamos la comida y la escuchábamos al mismo tiempo: Liliana estaba contando una historia rocambolesca sobre una visita que había hecho el fin de semana a las pirámides de Teotihuacán. Ella se desternillaba de risa y nosotros, todos a su alrededor, nos reíamos sin parar. De hecho, llorábamos de la risa y, a través de esas lágrimas de alegría, la vi justo ahí, en el centro de nuestra atención: la líder de nuestro grupo, sin duda; no sólo la más lista sino también la más centrada y la más madura entre nosotros. Siempre tan cábula.

[gerardo navarro]

Debí conocerla desde el tercer trimestre y de ahí en adelante convivimos mucho. Nos hicimos buenos amigos. Liliana no era una muchacha común. Usaba esos jeans desgastados, nada femeninos. Ni una pizca de maquillaje. Se amarraba el cabello en una cola de caballo y traía siempre los lentes



redonditos y dorados, muy a la John Lennon. Medio filósofa, medio escritora, medio loca: siempre andaba anotando cosas y nos llenaba de recaditos. Se notaba que le gustaba escribir.

A diferencia mía, que tenía que echarle bastantes ganas a la universidad, Liliana parecía no esforzarse mucho para que le salieran las cosas bien. Aprendía bien rápido. Era inteligente y, más que eso, era sagaz.

Yo me puse mi primera gran borrachera en su departamento. Habíamos terminado un trabajo difícil, un proyecto en equipo, y nos reunimos ahí de regreso para festejar. Hicimos una vaquita para comprar unas caguamas y algo de ron, y entre eso y los cigarros, se nos fue el tiempo. Éramos tan ñoños que no fumábamos mota y ni siquiera se nos ocurría aproximarnos a la coca, que era una droga de ricos, menos al ácido. Pasamos el tiempo así, chupando y platicando, bromeando mucho y, cuando me di cuenta, ya no me podía ni parar. Supongo que vomité. Qué pena.



[ángel lópez]

Nos conocimos en clase, pero nos hicimos más amigos por el cigarro: yo fumaba lo que cayera, y ella fumaba unos Raleigh apestosos que a nadie le gustaban. ¿Qué pasó, chavo?, me decía a manera de saludo cuando nos encontrábamos en los pasillos de la escuela. Era una chava súper detallista: nos sorprendía con cartas, recados, dibujos. Tenía una letra envidiable muy única, como toda ella. Su estilo particular. Sencilla y medio hippiosa y, sí, muy guapa. Yo pensé que ni nos iba a hablar porque nosotros —Manolo, Othón, Gerardo y yo— éramos del grupo de los humildes. Y claro que se notaba que no teníamos lana. Hacíamos nuestros trabajos con materiales económicos, de esos que se compran en la papelería de la esquina y no en lugares especializados en arquitectura. Tal vez por eso nos sentábamos hasta atrás y en la esquina del salón de clase, donde los profesores no nos podían ubicar bien y nosotros echábamos relajo o dormitábamos. Un día Liliana se sentó cerca de nosotros, y descubrimos que era muy buena.



A mí también me gustaba mucho Liliana, como a Manolo. Un día, platicando entre los dos, llegamos a la conclusión de que él tenía más posibilidades de conquistarla, sobre todo porque vivía más cerca de ella, también en Azcapotzalco. Yo vivía en ese entonces hacia el norte de la ciudad. Y, la verdad, él andaba más interesado en ella que yo. Con el tiempo, Liliana se hizo muy amiga de Ana, y andaban juntas por todos lados, aunque Ana andaba con Fernando. O más bien: duró un buen rato con Fernando mientras andaba de un lado para otro con Liliana.

Un día, el 13 de enero, me hizo un pastelito para mi cumpleaños.

[norma xavier quintana]

A las dos nos gustaba vestir de negro. ¿A poco lees *Selecciones?*, me dijo una vez, sin poder ocultar la sorpresa y la decepción. Yo venía de un colegio religioso y la UAM había sido un choque cultural enorme. La noté ya desde tercer trimestre, porque andaba de mezclilla, con colores pasteles, muy a la



Flans. Además, era muy alta. La empecé a tratar un poco después, cuando me cambié al turno de la tarde. Yo había reprobado Estructuras, y Liliana no quería llevar la clase de Instalaciones con el profesor que la daba en la mañana. Para entonces ya traía el cabello bien largo y había dejado los colores pasteles por el color negro. Nunca se quitaba su famosa chamarra de piel, como de motociclista. Una vez me propuso un reto: veríamos cuál de las dos aguantaba ponerse el mismo pantalón por tres semanas. Sin lavarlos.

Ninguna ganó.

[¿qué haces si te ataca un oso?]

Liliana inició la última década del siglo XX escribiendo una carta para Ana Ocadiz. En papel blanco y escrita a máquina, la misiva se abre y se cierra a la vez. No es fácil leer un texto en el que han desaparecido todos los espacios y se han juntado todas las letras de todas las palabras en renglones seguidos. De hecho, es del todo imposible leer una carta así con prisa,



pasando nada más los ojos sobre el papel. Lo que Liliana ha utilizado aquí es un método de opacidad que no sólo requiere determinación por parte de la lectora, sino también complicidad. Siempre hay que callarse algo, había dicho Liliana adolescente años atrás, hay que saber dosificar. Y aquí, colocando por escrito un mensaje que quiere ser visto, y comprendido, pero que, a la vez, se resiste a la lectura fácil o instrumental, Liliana se era tremendamente fiel a sí misma.

El año anterior la había marcado de múltiples formas. Pero, después del viaje entrañable a Oaxaca en el verano del 89, después del beso con Manolo antes de partir nuevamente a Tampico a mediados de octubre, después de las cartas apasionadas que intercambio con Ana hasta el final del año, dándose cuenta y aceptando que el amor entre ellas era real, el nombre de Ángel González Ramos volvía a surgir. Borroso, confundido entre las letras enmarañadas de la cuarta línea de la carta con que saludaba a una nueva década, el nombre continuaba ahí.

No sé cómo me puedo enredar con alguien si sé que Ángel sigue ahí. A unos días antes de la caída del Muro de Berlín, el fantasma de su nombre

también parecía atravesar la desazón de la nota con la que empezaba el Cuaderno Dos:

06 noviembre 1989

... A pesar de todo, me encuentro aquí,

Nos encontramos aquí, formando parte de un núcleo estúpido. ¿Hay salidas? ¿Puertas? Quizá, si tan sólo existiera una ventana.

¿Qué pasa? El mundo da vueltas, y yo sigo aquí, como si no pasara nada, estática. Inmóvil.

¿Por qué continuaba Liliana regresando una y otra vez a una relación que, al menos desde afuera, le ofrecía sólo inestabilidad y daño? En *No Visible Bruises*, Snyder propone dos preguntas alternativas. La primera: ¿por qué regresa una y otra vez el depredador? La segunda: ¿Cuál es la reacción más lógica cuando alguien es atacado por un oso? La respuesta a la primera pregunta abre el campo de lo mucho que hay todavía por saber acerca de las masculinidades atrofiadas en un contexto patriarcal. La segunda, añadía



Snyder, nos lleva directamente a un momento de decisión, a una decisión de vida o muerte. Si un oso te ataca, ¿lo atacas a su vez, sabiendo que puede herirte con facilidad, o te haces el muerto y cedes? Snyder me hizo entender algo fundamental con esta descripción: “Las víctimas se quedan porque saben que cualquier movimiento súbito va a provocar al oso. Se quedan porque con el tiempo han podido desarrollar algunas herramientas capaces de calmar, a veces con éxito, a la pareja furiosa: ruegan, suplican, prometen, adulan, demuestran públicamente su afecto por el depredador y su alianza contra la gente que, como la policía o los licenciados o los amigos o la familia, podría salvar sus vidas. Las mujeres maltratadas se quedan porque ven que el oso se aproxima. Y quieren vivir”.

Con mucha frecuencia, los sistemas institucionales contra la violencia doméstica y el terrorismo de pareja fallan, y lo hacen rotundamente, contribuyendo así a aumentar el poder material y simbólico del depredador. En 1990, cuando nadie hablaba de estas cosas, cuando a la violencia de pareja se le seguía asociando estrechamente a erupciones de pasión que, a veces, se convertían inadvertidamente en crímenes, cuando ni las víctimas



ni sus seres queridos ni siquiera los victimarios tenían un lenguaje capaz de describir, y luego entonces de definir, y más aún contrarrestar, la violencia ejercida en nombre del amor, con la excusa del amor, era fácil, dolorosamente fácil, no estar al tanto del riesgo mortal que dicha violencia implicaba. En esa carta opaca, de difícil lectura, Liliana hablaba sobre un juego. Un juego en el que sabía que podía ganar y que podía perder. Una lucha de gigantes en una ciudad de la furia. Hasta el último momento, mi hermana pensó que podía ganar. Hasta el último momento, Liliana pensó que se podía enfrentar sola al patriarcado y que podía ganarle.

[si te vas a quebrar, quiébrate tratando de salir y no de entrar]

¿Qué pasó esa madrugada en Mimosas 658 después de que Ángel entrara, subrepticamente, sin ser esperado, sin que se le abriera la puerta y sólo después de haber ofrecido tres mil pesos a un drogadicto, al espacio personal de Liliana? Nadie lo puede decir a ciencia cierta. Todo son



conjeturas en ese punto. Eso es algo que sólo el asesino sabe y que ha decidido guardar para sí desde el verano de 1990, cuando se dio a la fuga. Sólo el cumplimiento cabal de la justicia, cuyo sistema giró una orden de aprehensión contra Ángel González Ramos el 29 de noviembre de 1990 “por el delito de homicidio, previsto en el artículo 302 y sancionado con pena privativa de libertad en el artículo 307 del Código Penal”, podrá descorder el velo de ese oscuro crimen.

Las preguntas que se hizo una y otra vez el periodista Tomás Rojas en sus artículos para *La Prensa* son tan válidas ahora como entonces; en un crimen tan brutal, ¿cómo es posible que nadie haya oído nada? Si lo que confían los testigos es de tomarse en cuenta, tanto Manolo como Gerardo escucharon que la trabajadora doméstica, cuyo nombre no recuerdan, dijo haber oído algunos sollozos, un llanto bajito, sin establecer una hora precisa del hecho. ¿Quién lloró y por qué? Está, también, el ruido que puede causar el palo de una escoba cuando, de noche, con poca luz, trata de alcanzar el pestillo de una puerta de metal. Y el aterrizaje de los pies sobre el cemento después de saltar sobre la barda. Tal vez fueron



ruidos pequeños y breves que bien pudieron amplificarse, sin embargo, en el silencio de la madrugada.

En un giro en el que se huele el futuro, la nota del miércoles 18 de julio, el día en que Liliana fue enterrada, describía las acciones del asesino como guiadas por el odio. ¿Buscaba Ángel a Liliana esa madrugada de verano con el plan concreto y último de matarla, de acabar para siempre con su vida y cumplir así el mandato de la masculinidad? ¿O actuaba Ángel con la idea feroz, pero todavía ambigua, de hacerla partícipe de la pedagogía de la crueldad, propinándole un castigo ejemplar que la dejara viva, pero marcada para siempre con su sello de posesión? El silencio que no despertó a los durmientes apuntaría a confirmar la primera alternativa; el hecho de que pidió ayuda a los vecinos nocturnos, dejando ver su identidad, a la segunda. El resultado, de cualquier forma, es el mismo. Ángel ejerció una violencia letal espeluznante sobre el cuerpo de mi hermana guiado, como bien lo anotó el periodista Rojas, por el odio. El odio de género. El odio contra la independencia y la libertad de las mujeres. El odio contra Liliana, la estudiante universitaria que siempre se puso del lado del amor.



Las respuestas son pocas y, los hechos, incontrovertibles: desde hace treinta años, extraño a Liliana cada día y, dentro de cada día, cada hora de cada día. Y dentro de cada hora, cada minuto. Cada segundo. El duelo para los que han perdido seres queridos, mujeres queridas, debido a actos de terrorismo de pareja es una cosa torcida. Como bien lo ha analizado Snyder en *No Visible Bruises*, los sobrevivientes suelen culparse a sí mismos, a su negligencia o su ceguera, con una dureza inaudita. No protegieron lo que más querían; no notaron lo que debió haber sido claro ante sus ojos; no detuvieron al depredador. El dolor que no se separa, ni un milímetro, de la culpa o de la vergüenza, se atora antes de llegar propiamente al duelo, quedándose en un limbo informe donde las palabras pierden sentido y la conexión con los otros y con el mundo se desvanece poco a poco. Las familias se fugan hacia adentro, escondiéndose hasta de sí mismas.

¿Con qué derecho pueden exigir justicia al Estado cuando no fueron capaces, ellos mismos, de guarecer a los suyos, a la suya, del peligro?

El sistema a cargo de culpar a la víctima, además, empieza a funcionar cuando las cosas todavía están frescas y, luego, no se detiene de ninguna



manera a lo largo de los años. Es una maquinaria metódica y aplastante. Está ahí, funcionando a la perfección, entre los que susurran: si no la hubieran dejado ir a la Ciudad de México, si no hubiera tenido novio de tan chica, si hubiera sabido elegir mejor, si se hubiera esperado al matrimonio para tener relaciones sexuales, si hubiera tomado una mejor decisión, si no se hubiera equivocado. Y está también ahí, después, sin importar el número de años, entre los que apuntan que los padres pasaban mucho tiempo fuera de la casa, la madre trabajaba, el padre no le daba suficiente dinero, los novios la asediaban, las mujeres la querían. Está en las miradas turbias y las sonrisas fingidas. En la conmisericordia. En los que se sienten a salvo y elaboran esa línea moral que divide el nosotros del ustedes. Está en la exigencia imperiosa, ineludible, apabullante de que se culpe a la víctima y de que te inculpes con ella. Está en la exigencia imperiosa, ineludible, apabullante, de exonerar al asesino a toda costa.

Uno no aprende a callar; uno es forzado a callarse.

A uno le callan la boca.



Durante muchos años no supe qué responder a la pregunta ¿cuántos hermanos tienes? La mera posibilidad de escucharla me ponía a temblar. Y la contestación, cuando me decidía a darla, no era más que un galimatías en *crescendo*: había tenido una hermana, pero ya no la tenía; no la tenía ya, pero tendría para siempre una hermana; tuve una hermana; tendría una hermana. Luego del primer momento incómodo, si el interrogador carecía de modales o de empatía, seguían las preguntas: ¿y era mayor o menor? Temiendo que, luego, empezara la indagación sobre el cómo, el cuándo, el porqué, optaba por bajar la vista y alejarme. Con el tiempo, me di por vencida. Contestaba que no tenía hermanos para no llorar, para no crear una confianza que no existía, para no dar explicaciones, para defenderme y, sobre todo, para defenderla. O no contestaba del todo. Cambiar de tema es un oficio que se aprende con el tiempo.

Fueron muchos años así.

En “Poem to a Sad Daughter”, Michael Ondaatje le habla a su hija de dieciséis años. Agridulce y nostálgico, el poema recorre los tropos típicos de la relación entre padres e hijos cuando se hace presente la adolescencia:



la divergencia de caminos, la búsqueda de identidades propias que alejan al adolescente de la casa, la rebeldía justificada o la resistencia fútil. Liliana lo habría encontrado cursi, me temo; pero tal vez habría cedido un poco ante el cariño incuestionable que emana de la voz lírica. Aunque el padre se niega a dar consejos, tiene que aceptar, se diría que, a regañadientes, que el poema es, a su manera, tal vez a su pesar, una primera lección. Un gran consejo tutelar. Quíerelo todo, le recomienda a su hija, si te vas a quebrar, quíébrate tratando de salir y no de entrar.

Tengo hasta hoy la impresión de que ese verano de 1990 Liliana estaba intentando salir. Liliana ya iba de salida. Después de tantos años de *gaslighting*, después de los años en que Liliana aprendió a acceder a las demandas del oso para así calmarlo, después de años de lucha, de resistencia, de negociación, de batalla, Liliana estaba por fin en su camino hacia afuera.

Lo quería todo y lo amaba todo. Exigir lo imposible era su vocación. Eso, que aprendimos en casa, que nos enseñaron a las dos nuestros padres, fue reforzado después en libros y poemas, planos y edificios, canciones,



nubes complicadas, campus universitarios, viajes, tertulias infinitas, amigas entrañables. Cuando nos quebramos, Liliana, cuando la maquinaria patriarcal nos alcanzó para triturarnos el cuerpo y el corazón, para arrasar con el pasado y con el futuro, fue, sí, intentando salir. De eso no me cabe la menor duda. Iba ya hacia fuera, más allá, creyendo profundamente, honestamente, provocativamente, que otra vida era posible.

Otro amor.

En una bolsa que alguna vez contuvo un regalo de navidad, estrecha y tricolor, Liliana guardó la carta que nunca le hizo llegar a Ana, un par de notas arrancadas de cuadernos escolares, y las cartas que yo le escribí desde Estados Unidos. En mi última misiva, la del 9 de marzo, le contaba de mi nueva vida, de mis embates en un sistema universitario más interesado en la producción cuantitativa que en su responsabilidad social. Hacia la mitad del escrito, que era largo, le contaba también que había ido al cine a ver *Camille Claudel*, “una escultora de la que Rodin se alimentó por años y que finalmente fue reclusa por treinta años en una clínica de salud mental. En vida nadie la reconoció y su obra no empezó a tener reconocimiento



sino hasta los ochenta. La película me impresionó por muchas cosas, por la vocación enfebrecida de Camille, por el cuidado del padre por lo que llamaba los talentos de Camille, y obviamente por su destrucción. Creo que muchas mujeres hemos creído que nuestro final como creadoras es la destrucción como bomba romántica. Yo me llené de rabia por ese crimen, y por tantos otros que ni siquiera vislumbramos, y me convencí que, al salirme de México, yo iba escapando de esas voces que te animan: ahí está el vacío, ¿no lo ves? Tírate. Avientate al abismo. Porque yo no quiero para mí ni para ti, ni para nadie, un final así; porque la destrucción y el desencanto no son un romanticismo ardiente sino un romanticismo asesino. Porque estamos aquí sí, llenas de talentos, no para alimentar la maestría vampírica de otros, ni para caer ciegas en el abismo de la locura, ni para cargar una piedra como San Jerónimo. Estamos aquí con el peso encantado de la existencia y la ligereza, la ligereza plácida del sueño, porque tenemos muchas cosas por decir, hacer, pensar, repensar, recrear; porque nuestro punto de vista es nuevo para una historia que lo ha negado, usurpado, cientos de millones de veces; porque tenemos que decir: ¡Ya



basta! Ni el dogma del amor, ni el de la fama, ni el del dinero van a poder destrozarnos algo mucho más firme e inocente a la vez, el deseo insensato, tímido, arrebatado por vivir, por vivir y por crear otro vivir, algo más hermoso, algo más justo. Para eso es la voz y la mano”.

Raúl Espino Madrigal recuerda que, alguna vez, mientras retozaban sobre el pasto de los jardines de la UAM, Liliana le prestó un libro. De entre sus páginas, inesperadamente, brotó una tarjeta postal. Era tuya, me dijo. “Una foto en blanco y negro con unos hippies encuerados a bordo de un tranvía. Al reverso, el texto: algún día vendrás aquí y la pasaremos increíble.”

El actor River Phoenix murió en 1993 y, Selena, la famosa cantante mexicano-americana, en 1995. Cuando me enteré de sus decesos me los imaginé juntos de inmediato. Liliana, River y Selena, y los hippies encuerados, en la ladera de una montaña muy verde, desde la cual todavía es posible avizorar las aguas rítmicas del Pacífico. Hay perros y gatos en su entorno: por ahí anda Fausto. Por ahí anda la Kinski. Hay palabras. De vez en cuando se oye el eco lejano de sus risas. Es de tarde, una tarde de



verano cubierta por una fina luz dorada que, poco a poco, cede su espacio a la oscuridad.

Todavía se oyen sus susurros.

Y siguen vivos.





Revisión, registro y catalogación: **Mariel Medina Lugo**

Edición de audio: **Gabriela Jiménez Garduño**

Grabación: **Sonia Ramírez y Mariel Medina Lugo**

Realizada el 8 de septiembre de 2022 en el estudio de Universum. Museo de las Ciencias

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Cuidado editorial: **Patricia Zama**

Coordinación: **Elsa Botello**

Diseño editorial: **Vicente Rojo Cama**

Formación y edición: **Rocío Mireles**

Portada: **Gisela Jazmín Hernández Cerda**

Ganadora de la 2ª convocatoria para ilustrar portadas de la colección de Voz Viva,
publicada en noviembre de 2022.



El invencible verano de Liliana (fragmentos) de la serie Voz Viva de México (VV - 149) a cargo de la Secretaría de Extensión y Proyectos Digitales de la Coordinación de Difusión Cultural, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, se terminó de imprimir el 29 de junio de 2023, en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V., 5 de Febrero núm. 2309, colonia San Jerónimo Chichahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México.

Para su composición se usaron los tipos Garamond (10/15), (6/7), Gill Sans (17/19). El tiro fue de 500 ejemplares impresos en offset, interiores en bond de 90 gramos y forros en cartulina sulfatada de 14 puntos.